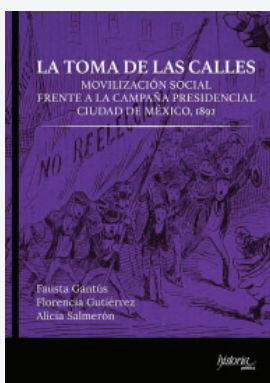


## Reseña

INÉS ROJKIND | inesrojkind@gmail.com

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Universidad de Buenos Aires, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas



### *La toma de las calles. Movilización social frente a la campaña presidencial, Ciudad de México, 1892*

- Fausta Gantús, Florencia Gutiérrez y Alicia Salmerón
- Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2020
- México
- ISBN 978-607-8611-76-8
- 221 páginas

**L**a *toma de las calles* presenta una narración pormenorizada de los sucesos que se fueron encadenando durante el año 1892 en México hasta desembocar en un amplio movimiento de protesta contra la reelección del presidente Porfirio Díaz (su tercera reelección continua), un movimiento de protesta que se expresó en la prensa y, fundamentalmente, en las calles de la capital, a través de actos y demostraciones públicas. Uno de los grandes atractivos del trabajo consiste en que combina, por un lado, el oficio, la experiencia y la trayectoria que poseen las tres autoras, con, por el otro lado, la apuesta por un enfoque diferente como es el de centrar el análisis en una coyuntura en particular, para ir desarrollando a partir de allí una compleja trama de actores, formas de participación, espacios de intervención, debates y controversias en torno al uso político de las calles en ciudad de México, a fines del siglo XIX.

En mi opinión, esa apuesta que realizaron Fausta Gantús, Florencia Gutiérrez y Alicia Salmerón resultó muy bien, por varios motivos. En primer lugar, porque la decisión de focalizar la mirada en aquella coyuntura les permite poner de relieve el carácter en gran medida impredecible de la acción política y, al mismo tiempo, su capacidad creativa. El relato que construyen las autoras dirige la atención de los lectores a los enfrentamientos entre grupos opositores a la reelección de Díaz y sectores que, por el contrario, la apoyaban y que pretendían disputar el espacio de calle como ámbito de expresión. El estudio da cuenta asimismo de la represión policial que se desató cuando las movilizaciones desbordaron tanto los recorridos como las modalidades de acción inicialmente previstas por los organizadores. La crónica que se hace en libro de estos acontecimientos es detallada, sin perder por ello fluidez ni atractivo. Pero además, por la manera en que está confeccionada

consigue algo muy importante: revela cómo se fueron hilvanando en esas circunstancias diversos factores que tenían que ver, en principio, con el contexto crítico del año de 1892 (una crisis multifacética cuyos antecedentes son explorados en el capítulo 1), pero también con la propia dinámica –muchas veces contingente e imprevisible– de la acción política, cuyo ritmo cambiante, y por momentos frenético, se reconstruye en detalle en el capítulo 2. El relato que las autoras elaboran no sólo nos introduce en aquella temporalidad acelerada, sino que nos conecta directamente con la materialidad de los hechos, la variedad de escenarios y hasta con las posibles intenciones de los protagonistas. El libro no elude el hecho de que, al final de esta historia, lo que encontramos es que la protesta opositora de 1892, si bien implicó una impugnación considerable para el gobierno de Porfirio Díaz, no alcanzó a poner en entredicho la reelección del presidente ni, mucho menos, la continuidad del régimen. Al mismo tiempo, sin embargo, la perspectiva adoptada por las autoras tiene el mérito de impulsarnos un poco más allá de esa conclusión inicial –muy atada, por lo demás, a una mirada retrospectiva de los hechos– para sugerir e iluminar, en cambio, otros significados que esos acontecimientos pudieron haber tenido para los contemporáneos, significados más sutiles, más difíciles de captar, pero que hacen también a la relevancia de los sucesos de 1892 en ciudad de México. Precisamente, el capítulo 3 trata sobre las batallas discursivas que, como correlato de los enfrentamientos callejeros, se libraron en la prensa en torno a la legitimidad de la denominada “toma de las calles”. Esas cotiendas periodísticas (que ocuparon las páginas de la prensa oficialista y opositora, y que tomaron la forma tanto de notas escritas como de caricaturas políticas) alimentaron diversas (y en muchos casos antagónicas) representaciones sobre cuestiones fundamentales, que hacían a la definición y al ejercicio de los derechos políticos: quiénes podían participar en política y a través de qué canales, cuándo se admitía (o no) el recurso a la calle como espacio

de acción política, qué ocurría cuando la violencia y el desorden irrumpían en la movilización. A través de esos enfrentamientos discursivos –que en ocasiones podían ser tan encendidos como los callejeros– se fueron delimitando los alcances y significados del uso político de la calle, y de esa manera, explican las autoras, cobró impulso una nueva práctica política: la práctica de la expresión organizada de la oposición por medio de la ocupación del espacio público, que habría de tener más adelante, hacia 1910, un rol destacado en la crisis final del porfirato.

Gantús, Gutiérrez y Salmerón realizan en este libro un doble esfuerzo: contar una historia centrada en un acontecimiento –o más bien, en este caso, una sucesión de acontecimientos: los que se entrelazaron alrededor del movimiento antirreeleccionista de 1892– y, a la vez, construir una explicación de más largo aliento que articula múltiples dimensiones de análisis y plantea interrogantes de fondo acerca de las formas y los sentidos de la intervención política popular en aquel período. Como sostiene la historiadora Hilda Sabato (autora de un libro imprescindible sobre otro acontecimiento: la revolución de 1880 en la Argentina), el desafío consiste en mostrar cómo “se encadenaron de manera única condicionamientos estructurales y contingencias coyunturales, movimientos colectivos y acciones individuales, tradiciones e innovaciones políticas, para dar lugar a un desenlace que no estaba inscripto en el origen, sino que se fue generando en el tiempo, producto de las acciones humanas” (2008: 15). En mi lectura, *La toma de las calles* asume el reto y, al hacerlo, nos señala cuán productivo puede ser adentrarse por ese camino, valiéndose de una estrategia de indagación histórica que es, simultáneamente, narrativa y analítica.

El aporte del libro resulta, entonces, muy valioso en ese aspecto. Por otra parte, como decía al comienzo, el enfoque elegido posee, desde mi punto de vista, múltiples aristas y ventajas. La decisión de trabajar

sobre la coyuntura de una campaña electoral abre toda otra serie de líneas de exploración que las autoras transitan también de manera provechosa. Por supuesto, como ya hemos visto, no se trata de cualquier campaña electoral, sino de aquélla que le franqueaba el camino a Porfirio Díaz (reforma constitucional mediante) para instalarse definitivamente en el poder. Justamente por eso, por la relevancia de *esta* campaña electoral, es que la misma funciona como una lente excepcional a través del cual observar la articulación de intereses, alianzas y conflictos políticos que se tejó en aquella coyuntura específica. Por supuesto, la clase política se hallaba sumergida en esas negociaciones, acuerdos y disputas. Las autoras nos recuerdan, al respecto, que el alineamiento indiscutido detrás de la candidatura presidencial de Díaz no obturó la competencia entre grupos y facciones que se disputaban espacios de poder en el interior del régimen. Pero lo más interesante, en mi lectura, es que esa dinámica intrapartidaria o intrarégimen se conectaba (de manera a veces fluida y otras veces conflictiva) con una movilización política mucho más extensa, que involucraba a un espectro muy variado de actores: estudiantes, artesanos, obreros, comerciantes, clases populares urbanas, indígenas de los municipios cercanos. La circunstancia de la campaña electoral favorecía esas conexiones, esos cruces. El clima de agitación y movilización que predominaba en aquellas circunstancias (la organización de clubes políticos, la realización de actos, mítines y manifestaciones) alentaba la participación de un público amplio y activo, que se interesaba por las elecciones, tenía opiniones y preferencias políticas, y las expresaba públicamente, en este caso a través de eso que Gantús, Gutiérrez y Salmerón denominan la apropiación o toma de las calles. Precisamente, la centralidad que en este relato posee la calle como ámbito político es otro de los méritos de la investigación que han realizado. Porque la calle era un espacio fluido, plural, pero a la vez disputado, donde convergían múltiples actores con el propósito de hacer visibles sus opiniones y reclamos;

era una plataforma fundamental desde la cual los ciudadanos podían peticionar, dialogar y contender con las autoridades, cuya legitimidad se construía –o se ponía en cuestión– también en aquel escenario, el de la calle. No se trataba de un espacio homogéneo ni horizontal: en los actos y las movilizaciones los participantes estaba en general encuadrados institucionalmente y además había jerarquías internas que los diferenciaban. Ocasionalmente, la organización, la planificación y el desfile ordenado podían dejar lugar a enfrentamientos, desbordes y al uso de la violencia. Pero, en todo caso, lo que quiero destacar es que la calle era un entorno político abierto, *elástico*, en el que confluían y se entretejían motivaciones y reclamos variados, que, sin embargo, se plasmaban allí en una agenda, una dinámica y un lenguaje político compartidos (el “lenguaje de la acción”, retomando la noción de José Murilo de Carvalho, 1989: 129). En 1892 esa convergencia giró, fundamentalmente, en torno al rol articulador que tuvieron los estudiantes y los dirigentes de sociedades gremiales y de artesanos, pero se sostuvo también en las intervenciones de la prensa opositora, que con sus editoriales y caricaturas alimentó y legitimó la movilización antireeleccionista. Esa estrecha vinculación entre la prensa, los jóvenes y las organizaciones de obreros y artesanos vino a reeditar la alianza que, tal como ha estudiado Pablo Piccato (2015), había resultado funcional algunos años antes, en el contexto de las protestas contra el reconocimiento de la deuda inglesa también en ciudad de México. El movimiento de 1892 se nutrió en parte de aquella experiencia, así como de una serie de tradiciones políticas asociadas con la práctica de las elecciones. Al mismo tiempo, lo que muestran las autoras es que si bien el episodio que ellas examinan se inscribía en esa trama de experiencias y tradiciones previas, la combinación específica de acciones y reacciones que se produjo en aquel contexto dio lugar a algo novedoso, diferente, como era la disputa política librada *en y por* las calles.

No quisiera dejar de mencionar, por otra parte, que en este libro las calles (convertidas en eje central de la crónica y la argumentación) adquieren además una materialidad muy tangible y un protagonismo que excede ampliamente el hecho de haber sido el escenario de mitines a favor y en contra de la reelección de Díaz. Las autoras reconstruyeron la cartografía de esas demotraciones, los recorridos que llevaron a los manifestantes (y a las fuerzas del orden) desde las calles más céntricas de la ciudad hacia los barrios populares y las zonas más alejadas. Cuando la movilización rebasó espacial y socialmente los contornos del centro cívico, la conflictividad social vino a potenciar la protesta política, se originaron los incidentes más violentos y el lenguaje de la acción encontró una modulación específica en términos de la hispanofobia que tiñó algunas de las acciones de los manifestantes. En ese aspecto, creo que el libro tiene igualmente la virtud de sugerir de qué modo los acontecimientos de 1892 pueden haber dejado su marca en la experiencia urbana, a partir de la incertidumbre que se adueñó de la capital durante esos días en los que tanto el orden social como el paisaje de la ciudad se vieron alterados. Tal como propone Ariel Rodríguez Kuri (2010: 135) para un contexto diferente, posterior (el de la ciudad de la revolución), ese tipo de experiencias formaban parte –una parte importante– de la configuración de la cultura política de la ciudad, en particular, en lo relativo a los mecanismos a través de los cuáles se establecían los nexos entre ciudadanos y autoridades, entre pueblo y gobierno.

Por último, me gustaría referirme brevemente a la riqueza del corpus documental con el que han trabajado las autoras: publicaciones impresas y caricaturas políticas (como ya indiqué), pero también correspondencia, documentos oficiales, diarios de sesiones de las cámaras legislativas y expedientes policiales. En particular, estos últimos (los expedientes de la policía secreta del régimen que vigilaba las movilizaciones opositoras) suponen un

recurso muy valioso, que requiere por eso mismo un tratamiento específico para triangular y contrastar información, contribuyendo de ese modo a darle mayor espesor analítico a la investigación que sustenta el libro. De nuevo, se advierte ahí el oficio de Gantús, Gutiérrez y Salmerón.

Por todos estos motivos, celebro la aparición de *La toma de las calles* e invito a todos a leer y disfrutar de este libro. Es un aporte importante para seguir impulsando la renovación de la historia política del siglo XIX, no sólo mexicana sino latinoamericana en general. Muestra las potencialidades de una historia política que se articule con la historia social y la historia urbana, así como –en particular– la necesidad de matizar y complejizar nuestra mirada sobre la vida política que se desarrolló en el último cuarto de ese siglo en las repúblicas latinoamericanas. Trabajos como éste permiten vislumbrar que esa vida política era mucho más variada, rica e intensa que lo que sugieren las visiones predominantes, y que incluso en el marco de los controles y las limitaciones que pretendían imponer los gobiernos preocupados por la estabilidad y el orden, la movilización popular encontró impulsos, canales y espacios a través de los cuales encauzarse.

## | Bibliografía

- Carvalho, J. M. de (1989). *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*. São Paulo: Companhia das letras.
- Piccato, P. (2015). *La tiranía de la opinión. El honor en la construcción de la esfera pública en México*. México: El Colegio de Michoacán / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Rodríguez Kuri, A. (2010). *Historia del desasosiego. La revolución en la ciudad de México, 1911-1922*. México: El Colegio de México.
- Sabato, H. (2008). *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*. Buenos Aires: Siglo XXI.